

los sepulcros de los referidos personajes bíblicos, sino monumentos erigidos en honor á su memoria. Despues de meditar algunos instantes en el valle de Josafá, despues de contemplar el mágico panorama que al comenzar la noche ofrecia desde allí la Ciudad Santa con su terrible quietud, con su sepulcral silencio, seguimos hácia el Norte por una estrecha vereda, y dejando á la derecha el huerto de Gethsemaní, y cruzando el torrente Cedron, entramos en Jerusalem por la puerta de San Estéban, antes de *Josafá*.

PRIMER PASEO

DENTRO DE LOS MUROS DE JERUSALEM.

Viérnes 9 de Marzo.

San Estéban.—Piscina probática.—Escala santa.—Casa de Pilatos.—Lugar de la flagelacion.—Arco del Eccé Homo.—Alfonso de Ratisbone.—Monte Sion.—El Cenáculo.—Tumba de David.—Casa de Caifás.—Lugar de la casa de María.—Templo de Santiago el Mayor.

I.

Pocos dias trabajé tanto en mis apuntes sobre la Ciudad Eterna como el de que vamos á ocuparnos: la noche anterior tomé un *dragoman*, es decir, una persona que me acompañase y me prestara sus servicios. Este dragoman, recomendado por fray Francisco Argote, almacenero de San Salvador, viste á la europea, pero con *talbuchs* ó gorro turco; se llama Rafael, y me dejó muy satisfecho de su carácter y conducta.

A las siete de la mañana salimos de Casanova á pié fray Manuel Yuvero, que tanto y tan cariñosamente me acompañó durante mi permanencia en

Jerusalem, el dragoman Rafael y yo. Cruzamos algunas calles, ¡siempre solitarias! Atravesamos parte de la de la Amargura, sin detenernos á estudiarla, y saliendo por la puerta de San Estéban nos encontramos en el campo, muy cerca del torrente Cedron, y frente al monte de las Olivas. La mañana estaba deliciosa; el calor no se sentía aún mucho; el cielo se ostentaba puro, y el sol asomando su disco por el festonado confín del monte Olivete, bañaba con sus rayos toda la Ciudad Santa. Señalándome el padre Yuvero una praderita cubierta de yerba, que se extiende tocando los muros de la ciudad, á la derecha de la puerta, marchando hácia el Cedron, en cuya pradera nace una roca que apenas se levanta medio metro del nivel del suelo, me dijo:—Allí apedrearón á San Estéban; por eso llamamos los cristianos á esa puerta *la puerta de San Estéban*. Yo contemplé un momento aquel lugar donde murió el protomártir de la Iglesia; yo quise averiguar dónde se colocaría Saulo cuando guardaba la ropa de los que apedrearón al santo: y dada la disposición topográfica de aquel histórico recinto, que recibió la sangre de la primera víctima del cristianismo, me hice la ilusión de creer que no era difícil designarlo.

Pocos momentos despues entramos en la ciudad por la puerta de San Estéban, á mano derecha vimos en una puerta un fornido musulman negro, un eunuco de arrogante estatura, sentado

en una silla; mis compañeros me dijeron que aquella era la casa de Santa Ana, pero que perteneciendo á Francia no nos permitirían la entrada sin una orden escrita del cónsul francés. A pesar de todo, pedí permiso al eunuco para entrar en ella, mientras le ofrecia algunas monedas de plata, y el eunuco me contestó en francés,—Que sin orden del cónsul, aunque le diera mil duros. Entónces pasando á la acera de enfrente, como diríamos en Europa, porque allí no hay aceras, entramos por una puerta en un inmenso corral o patio á manera de estercolero, en medio del cual se vé un gran hoyo, con un poco de humedad en el fondo. La boca de este hoyo que es ovalada, tiene próximamente ciento diez metros de largo por cuarenta de ancho, siendo su mayor profundidad de dos metros y medio á tres; todo él se encuentra cubierto de inmundicia, y en sus alrededores crecen algunas matas de yerba alta; aquel hoyo es *la Piscina probática*, la gran piscina cuyas aguas removía de vez en cuando un ángel que para ello bajaba de las regiones celestiales; aquella fué la piscina tan celebrada en los libros santos, en la cual hizo el Eterno tantos milagros y en la cual Jesus curó al paralítico. «Despues de estas cosas, dice San Juan en su Evangelio: era el dia de fiesta de los judíos, y subió Jesus á Jerusalem.—Y en Jerusalem está la Piscina probática, que en hebreo se llama Bethsaida, la cual tiene cinco pórticos—En éstos yacía grande muchedumbre de enfermos,

ciegos, cojos, paralíticos, esperando el movimiento del agua.—Porque un ángel del Señor descendía en cierto tiempo á la Piscina y removía el agua, y el que primero entraba en la Piscina despues del movimiento del agua quedaba sano de cualquier enfermedad que tuviese.—Y habia allí un hombre que hacia treinta y ocho años que estaba enfermo.—Y cuando Jesus vió que yacía aquel hombre y conoció que estaba ya de mucho tiempo, le dijo. ¿Quieres ser sano?—El enfermo le respondió: Señor, no tengo hombre que me meta en la Piscina cuando el agua fuese revuelta, porque entre tanto que yo voy otro entra ántes que yo.—Jesus dijo: levántate, toma tu lecho y anda.—Y luego fué sano aquel hombre y tomó su camilla y caminaba. Y era Sábado aquel dia. —Cap. 8 V. I.

Despues de mirar largo rato la Piscina probática y de doblegarse mi espíritu á las reflexiones que brotan de tan significativo lugar, salimos de aquel hoy inmundo terreno, y en la misma *vía dolorosa* nos colocamos frente por frente á los muros del palacio de Pilatos, con objeto de contemplar la señal grabada aún en la pared, que manifiesta donde estuvo *la escala santa*. La escala santa conducía desde la calle al patio; por ella subió y bajó Jesucristo varias veces, y como subió y bajó tambien despues de ser azotado, desprendiéronse de su cuerpo gotas de sangre que fueron á estamparse en la escala. Esta escala, trasladada por Santa Elena á Roma, donde se construyó para ella un

templo frente á San Juan de Letran, tendrá próximamente tres metros de ancho, se compone de veintiocho peldaños de mármol blanco, cubiertos hoy con planchas de madera preciosa, con ranuras para que se descubra el mármol, y á su conclusion hay un altar; solo se permite subirla de rodillas, y para bajar hay escaleras á los lados entre magnificas columnatas. Yo tambien he subido de rodillas esta escala, que muchos peregrinos suben y riegan con sus lágrimas; la subí el domingo de Pascua de Resurreccion, que regresando de Jerusalem me detuve en Roma con objeto de visitar aquellos célebres monumentos del mundo cristiano y del mundo pagano.

Volvamos á Jerusalem. Despues de contemplar largo rato el lugar donde estuvo la escala santa, manifesté deseos de entrar en el palacio de Pilatos. Debemos tener presente, que en tiempo de Jesucristo el palacio de Pilatos debia ser inmenso, á juzgar por las distancias en que hoy se encuentran unos de otros los restos que de él se conservan. El palacio de Pilatos, que hoy sirve de cuartel turco, está próximo á la inmensa torre *Antonía*. Dicha torre y el palacio de Pilatos se encuentran unidos por una galería de piedra sobre esbeltos arcos, que forman un viaducto en la calle, desde cuya galería los gobernadores de la Judea hablaban en casos solemnes al pueblo, que se agrupaba en la plaza, que se abre en la calle. Esta galería llamada, *Lithostrotos* antiguamen-

te, y hoy *Arco del Ecce Homo*, es el punto en que Pilatos enseñó Jesus al pueblo judío, cuando dijo: *Ecce Homo*, y cuando el pueblo judío pronunció su eterna condenacion, pidiendo á gritos que «la sangre de Jesus cayera sobre sus cabezas y sobre las cabezas de sus hijos.»

Entramos en la casa de Pilatos, hoy cuartel; penetramos en el gran patio, que puede considerarse por sus dimensiones y por su suelo de arena como una plaza, y en él habia multitud de soldados turcos, ocupados en preparar sus armas para marchar á la guerra contra los rusos. Muy pocos dias hacia que vestian pantalon azul á la europea; y como yo les preguntara si se encontraban bien con ellos, me contestaban sonriéndose que sí. A corta distancia está el lugar en que los soldados romanos, excitados por los judíos, se excedieron de las órdenes que les dió Pilatos, y despues de azotar á Cristo, formaron una corona de espinas, que clavaron en su Purísima Cabeza. ¡Infelices judíos..... pueblo desgraciado!..... ¡cuán distante estabas tú de pensar, que el día de tu triunfo era el día de tu eterna derrota!..... ¡Cuán distante estabas tú de creer que con tus propias voces labrabas tú mismo para los siglos de los siglos tu propia ruina y la ruina de toda tu descendencia!

Antiguamente el lugar de la coronacion se hallaba comprendido dentro de una capilla; mas hoy pertenece á los turcos, quienes han construido allí una pequeña mezquita. Se sostiene, y no sin fun-

damento, por un sábio historiógrafo, que los soldados que azotaron y coronaron á Cristo eran españoles, porque segun sus cálculos, la legion á que aquel año correspondia dar la guardia al gobernador de la Judea pertenecia á las tropas españolas que habia al servicio del emperador romano. Mis compañeros y yo anduvimos algunos pasos por la calle, y entramos á visitar el lugar de la flagelacion, ó sea el punto en que se levantaba la columna, atado á la cual azotaron á Cristo.

II.

Como á Cristo azotaron en uno de los patios de Pilatos, es evidente que este lugar que hoy se halla separado del cuartel, entónces palacio del gobernador, estaba unido á él. El historiador, el cristiano al pisar este recinto, sienten recogerse su espíritu, ¡y cómo no, si las cruentas escenas ocurridas allí entre el Dios-Hombre y el hombre pecador, llenaron con sus páginas los anales del mundo? El templo de la flagelacion se compone de dos departamentos; sobre la puerta del primero dice: «Introibimus in tabernaculum ejus, adorabimus in loco ubi steterunt pedes ejus. Salmo 31, v. 7.» Sobre la puerta del segundo se lee: «Ego in flagella paratus sum. Salmo 37, v. 18.» En medio de este segundo departamento se levanta un altar compuesto, como todos los de Tie-

rra Santa, de una gran plancha de piedra fina, sostenida por cuatro columnitas ó pilastras. Debajo de este altar, en el suelo, se ve designando el mismo punto en que se levantaba la célebre columna, una cruz del Santo Sepulcro; bonitas lámparas de plata cuelgan del altar, y en torno de la cruz del Santo Sepulcro, es decir, en torno del lugar donde nacia la columna, hay siempre elegantes jarrones con grandes ramos de variadas flores, flores que abrieron sus corolas en el huerto de Getsemaní, y que velan con sus perfumes el lugar en que Cristo derramó su sangre.....

El anciano Padre fray Pedro Núñez de Cádiz, que tiene á su cuidado este santuario, quien se alegró muchísimo de verme por ser español, y con acento cariñoso me hizo varias preguntas acerca de nuestra patria, me contestó, cuando yo le pregunté si podia coger una de aquellas flores.—No se moleste vd. en ello, que yo le mandaré á casa todas. Y el respetable fraile cumplió su palabra, porque aquella misma noche al regresar yo á Casanova, me encontré en mi celda con dichas flores, las cuales traje á España y he repartido entre mis amigos. Una tradicion no interrumpida asegura acerca de este santuario lo que sigue: «Que en tiempos antiguos cubria un pequeño templo este venerable lugar; que en 1618 Mustaphá Bec, hijo del Pachá de Jerusalem, lo quitó á los frailes y lo dedicó á cuabras para sus caballos predilectos; que cierto dia en que cerró allí los

más gallardos que poseia, murieron todos de repente; atribuyendo tal desastre á una casualidad, mandó llevar otros, que tambien murieron en pocas horas; sorprendido con este segundo golpe, reunió en cónclave á todos los ancianos y sábios musulmanes del contorno, los cuales despues de deliberar no largo rato, le manifestaron que aquel recinto era muy venerado de los cristianos, porque en él azotaron los judíos á Issa *Jesus*; que por eso, á no dudarlo, se morian sus caballos, á los cuales no debia hacer entrar allí. Mustaphá dejó de profanar aquel sitio con sus caballos, pero no lo devolvió á los frailes, quienes no lo poseyeron hasta 1838, que el gran hombre de Oriente moderno, el amante de los cristianos, el civilizador de Egipto, Ibrahim Pachá, hijo de Mehemet-Alí, lo entregó á los frailes de San Francisco, quienes construyeron el sencillo templo que hoy lo cubre, con fondos debidos á la generosidad de Maximiliano, duque de Baviera.»

Saliendo de la iglesia de la flagelacion, y comenzando la marcha por aquella célebre calle, que es *la vía Dolorosa* ó *calle de la Amargura* de la que nos ocuparemos despacio en otra ocasion, no bien hubimos andado noventa pasos, cuando pasamos por debajo de un corredor con ventanas, sostenido por arcos de piedra, que cruza de una acera de la calle á otra; este corredor, que hoy llaman *El Ecce Homo*, que en tiempo de Pilatos llamaban *Lithostrotos* y al que los hebreos designaban con

el nombre de *Gabatta*, unia en otro tiempo el palacio de Pilatos con la Torre Antonia, parte de la cual formaba la habitacion de Herodes, convertida ahora en casas particulares. A este arco subian, como dijimos, los gobernadores para hablar al público, y á este arco asomó Pilatos á Cristo despues de azotado y coronado de espinas, para excitar la clemencia del pueblo judío y perdonarlo, convencido como estaba de que era inocente; y como en él pronunció las célebres palabras *Ecce Homo*, hoy se le ha asignado el nombre de *El Arco del Ecce Homo*. Pero el punto del arco donde Pilatos presentó Jesus al pueblo, no corresponde á la parte que hoy cruza la calle, sino que se encuentra dentro de un majestuoso templo que ha construido Alfonso de Ratisbone y que llaman *la iglesia de las hijas de Sion*. Con efecto, avanzando algunos pasos por aquella calle, que Cristo midió un dia con sus angustiosos pasos, se encuentra á la derecha la entrada de un templo. Este templo, construido con piedra blanca, ofrece un aspecto solemne por su grave sencillez. Compuesto de tres naves, carece de ventanas, y la luz que recibe por una media naranja llega tibia y dulce á iluminar con plácido fulgor aquellos muros sin altares. ¿Y cómo ha de construirse altares si allá está el altar donde reside la verdad histórica? El ábside de este templo lo forma la misma galería compuesta de dos arcos, donde Poncio Pilatos manifestó Jesus al pueblo; allá se ven los arcos con sus primitivas

piedras, que á los ojos del más ignorante revelan su antigüedad; debajo de aquellos sacrosantos arcos se eleva un altar; encima del corredor, en el mismo punto que coronado de espinas asomaron al Señor, existe una imágen del *Ecce Homo*, admirablemente esculpida en mármol blanco.

Ni la catedral de Toledo, ni la catedral de Sevilla, ni la de Búrgos, ni las Catacumbas de Roma, ni la iglesia de San Pedro, ni la de San Pablo, ninguno de esos gigantescos monumentos de la religion y del arte, me ha producido una emocion tan profunda como aquel sencillo y original templo. ¿Y qué mucho? Aquel templo se levanta en Jerusalem, entre el palacio de Pilatos y el palacio de Herodes, y allí en su cabecera se ve el mismo arco en que Jesus fué enseñado á un pueblo grosero, que pidió su muerte: allí en aquel silencioso templo, en el que un rayo de misteriosa claridad adormece el alma en místico parasismo, aun parece escucharse las palabras del gobernador de la Judea, que lavándose las manos dijo: *Inocente soy de la sangre de este justo*. Y las voces terribles, las espantosas voces de aquel pueblo delirante y frenético, cruel y malvado, que clamaba: «crucifícadlo, crucifícadlo..... sobre nosotros y sobre nuestros hijos sea su sangre... Crucifíxe, crucifíxe eun..... sanguis ejus super nos, et super filios nostros.....» Ellos lo pidieron un dia, y sobre ellos calló la sangre de Cristo para la eternidad. Pueblo abyecto y desgraciado..... pueblo

errante y perseguido, ¿por qué llevas en tu frente, en esa frente que humillas sin cesar, el sello de la vergüenza? ¿Por qué no tienes ese dulce patrimonio de todos los hombres que pueden unirse y se unen con encantadores lazos, formando naciones? ¿Por qué careces de domicilio y vagas errante por todo el mundo.....? Porque un día..... día terrible, que nunca pasa, que no acaba nunca, derramaste en el Calvario la sangre del Hombre-Dios, y pediste al cielo que aquella sangre cayera sobre tu cabeza y sobre las cabezas de tus hijos..... ¡Y sobre tu cabeza y sobre las cabezas de tus hijos ha caído.....! En Europa, en que la civilización ha mejorado las costumbres, en que el cristianismo ha tendido por doquiera su manto de perdon, infiltrando en nuestro sér los albores de una benigna doctrina, aún se mira con desprecio al pueblo judío, aún se le señala barrios para que en ellos habite, como si los judíos fueran los leprosos del Antiguo Testamento, como si el resto de los hombres temiera inficionarse con su trato; pero en Oriente es más grande, es asombroso este desprecio. En Alejandría y en el Cairo se les odia; y en Jerusalem..... en la ciudad donde cometieron su crimen..... allá arrastran una vida insoportable para todo el que no fuera judío. Los cristianos los miran con desdeñosa compasión; pero los musulmanes los maltratan sin cesar, los persiguen como á perros: ¡ay del judío que se atreve á pisar la plaza que se extiende delante del tem-

plo del Santo Sepulcro!... .. cargan sobre él á palos y pedradas, y no lo dejan hasta que riega con su sangre la tierra, ó hasta que exhala el último suspiro. Yo he visto en la calle de la Amargura á un muchacho turco coger un puñado de lodo, y entre carcajadas tirárselo á la cara á un anciano judío de largas y blancas melenas; el judío sin defenderse, sin pronunciar una queja, bajó los ojos al suelo ¡yo lo he visto! y siguió su camino..... ¡Ah, es que sus padres pidieron un día que la sangre de Cristo cayera sobre las cabezas de sus hijos, y sobre las cabezas de sus hijos ha caído!

III.

Impresionado favorablemente con la visita que hicimos a la *iglesia de las hijas de Sion*, dije á fray Manuel Yuvero:—¿Quiere vd. que entreguemos ahora á Ratisbone una carta que le traigo del conde de Casa-Sarria? La conversión de Ratisbone despertó en mí siendo niño vivísimo interés por esa persona, y desde entonsos deseaba conocerlo, aunque creí no llegar á verlo nunca: por si acaso alguno de mis lectores no recuerda esta conversión, diremos nada más que dos palabras acerca de ella.

«Alfonso de Ratisbone, en el año 1842, en que se verificó aquel portentoso suceso, tenía veintiocho años; era un elegante jóven natural de Stras-

burgo, rico, de talento, de gran imaginacion, abogado, y de religion israelita. No solo israelita de religion, sino uno de los más encarnizados enemigos del cristianismo: antes de casarse con una hermosa y rica señorita, prima suya, á quien amaba con frenesí, quiso ensanchar el horizonte de sus conocimientos viajando por Europa: llegó á Roma, con el baron de Bussieres, su amigo; por una de esas casualidades que ocurren en la vida, y que no podemos detenernos ahora á explicar, le entregó una medalla de *la milagrosa*, rogándole que la llevase al cuello. El judío Ratisbone, por complacer al católico baron de Bussieres, se puso al cuello la medalla sonriéndose con burla; el hecho es, que despues de algunas circunstancias singulares, el dia 20 de Enero de 1842 á la una de la tarde, marchando juntos por la gran ciudad el israelita Ratisbone y el católico baron de Bussieres, dijo éste á aquel:—Entrad conmigo un momento en esta iglesia, que voy á dar ciertas órdenes sobre los funerales de un amigo mio, que han de celebrarse mañana: los dos entraron en San Andrés delle Fratte. El baron de Bussieres se dirigió á la sacristía; Alfonso de Ratisbone se quedó paseando por una de las naves; pero cuando el baron volvió á buscarlo, lo encontró pálido, desvanecido y arrodillado delante de la capilla de San Miguel; lo llamó, más fué inútil; estaban embargados sus sentidos, estaba elevado su espíritu. En fin, trascurridos los momentos, volvió en sí el an-

tes empedernido judío, y declaró atónito que se le habia aparecido la Virgen; que le habia hablado; y desde entonces aquel elegante, rico y enamorado jóven renunció á su elegancia, á sus riquezas, á su novia; se bautizó, se hizo sacerdote y se estableció en Jerusalem, donde continúa edificando templos y fundando conventos. Hoy Ratisbone vive en *la vía Dolorosa*, no léjos del arco del *Ecce Homo*.¹¹

Fray Manuel Yuvero, el dragoman Rafael y yo nos dirigimos á su casa, para entrar en la cual subimos una escalera de piedra compuesta de seis ó siete peldños, que comienzan en la misma calle; entramos en una azotea con suelo tambien de piedra labrada, donde no se escuchaba otro ruido que el poético arrullar de algunas palomas que por allí andaban sueltas; y desde la azotea pasamos á su habitacion. Esta sencilla habitacion tiene un sofá al frente, una mesa delante del sofá, algunos sillars muy modestas y un reclinatorio. En aquella habitacion reina la dulce calma de una vida templada. Así que nosotros entramos, se presentó Ratisbone, saliendo de un gabinete separado de la sala en que estábamos, por unas puertas cristales con cortinillas encarnadas. Ratisbone tendrá sesenta años de edad, es más bajo que alto, viste como los abates franceses; usa toda la barba, que ya comienza á teñirse de blanco; su fisonomía es tan dulce como la de los judíos, y sus maneras tan dignas como las de los cristianos. Me trató